

La necesidad de un fundamento seguro para el conocimiento

La filosofía moderna se caracteriza por un profundo **giro epistemológico**: la pregunta fundamental deja de ser qué es la realidad en sí misma para centrarse en **cómo es posible el conocimiento**. Este cambio está estrechamente vinculado a la **revolución científica** de los siglos XVI y XVII, que pone en cuestión la física aristotélica y exige un nuevo fundamento para la ciencia. Ante la crisis de las autoridades tradicionales y del saber heredado, los filósofos modernos buscan un criterio seguro que garantice la validez del conocimiento. En este contexto surgen dos grandes corrientes: el **racionalismo**, que confía en la razón como fundamento último, y el **empirismo**, que sitúa el origen del conocimiento en la experiencia sensible.

En esta redacción se analizará, en primer lugar, la propuesta racionalista de Descartes como intento de fundamentar el conocimiento en la razón. A continuación, se abordará la crítica empirista al innatismo en Locke y, finalmente, el escepticismo moderado de Hume, que cuestiona la posibilidad de que la razón proporcione un fundamento seguro para el conocimiento científico.

René Descartes inaugura el racionalismo moderno con el objetivo explícito de hallar un conocimiento absolutamente cierto. Para ello identifica la **razón** como la facultad fundamental del conocimiento y establece la **evidencia** como criterio de verdad: solo es verdadero aquello que se presenta a la mente de manera clara y distinta, sin posibilidad de duda. El ideal cartesiano de certeza está inspirado en el modelo matemático, que ofrece demostraciones necesarias y universales.

Con el fin de alcanzar ese conocimiento seguro, Descartes elabora un **método** racional compuesto por cuatro reglas fundamentales: evidencia, análisis, síntesis y enumeración. Este método pretende guiar correctamente el uso de la razón y evitar el error, proporcionando un procedimiento universal aplicable a todas las ciencias. El punto de partida del método cartesiano es la **duda metódica**, una duda radical y provisional que pone en cuestión todo aquello que pueda ser dudoso: los sentidos, el mundo exterior e incluso las verdades matemáticas. Sin embargo, esta duda conduce al descubrimiento de una primera verdad indudable: *cogito, ergo sum* (“pienso, luego existo”). El yo pensante se convierte así en el primer fundamento seguro del conocimiento.

A partir del *cogito*, Descartes analiza las **ideas** presentes en la mente y distingue entre ideas adventicias, facticias e innatas. Entre estas últimas destaca la idea de infinito, que sirve como base para demostrar la **existencia de Dios**. Dios, como ser perfecto y veraz, garantiza la verdad de las ideas claras y distintas y asegura que el conocimiento no sea engañoso. En la metafísica cartesiana la realidad se estructura en tres **sustancias**: la sustancia pensante (*res cogitans*), la sustancia extensa (*res extensa*) y Dios como sustancia infinita. Esta concepción dualista refuerza la separación entre el sujeto cognoscente y el mundo material, consolidando el giro epistemológico moderno.

Frente al racionalismo, el empirismo inglés sostiene que el conocimiento procede de la experiencia. John Locke critica la existencia de ideas innatas y afirma que la mente humana es al nacer una **tabula rasa**. Todo conocimiento deriva de la experiencia, ya sea externa (sensación) o interna (reflexión). Aunque Locke mantiene una confianza

moderada en la razón, esta queda subordinada a los datos proporcionados por la experiencia sensible.

David Hume lleva el empirismo hasta sus últimas consecuencias y distingue entre **relaciones de ideas** y **cuestiones de hecho**. Las primeras son verdades necesarias y universales, como las matemáticas, pero no aportan información sobre la realidad. Las segundas se refieren al mundo empírico y se basan en la experiencia, pero carecen de necesidad lógica. El núcleo de la crítica humeana se encuentra en el **problema de la causalidad**. Hume sostiene que no percibimos una conexión necesaria entre causa y efecto, sino únicamente una sucesión constante de fenómenos. La creencia en la causalidad se basa en el **hábito** o la costumbre, no en la razón. De este modo, Hume cuestiona que la razón pueda ofrecer un fundamento seguro para el conocimiento científico, poniendo en crisis la pretensión racionalista de certeza absoluta.

La búsqueda de un fundamento seguro para el conocimiento define la filosofía moderna. Mientras que Descartes confía en la razón y en la evidencia como garantía de certeza, el empirismo de Locke y, especialmente, el escepticismo de Hume ponen de relieve los límites de la razón humana. Esta tensión entre razón y experiencia prepara el terreno para la filosofía crítica de Kant, que intentará superar el conflicto entre racionalismo y empirismo.